

Apéndice 1

2010. El terremoto alimentario. Causas de la crisis alimentaria y tendencias de futuro

*Fernando Fernández y Gustavo Duch**

Introducción

En enero de 2008 y tras una serie de acontecimientos que para la ciudadanía parecían inconexos, por fin las principales instituciones internacionales (la FAO, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Fondo Monetario Internacional) se atrevieron a hablar de una crisis alimentaria mundial. Estaba claro que existía un alza de precios de los alimentos generalizada y global, de forma que lo mismo afectaba a Rusia, que a Malí, Níger o Argentina. Una serie de razones y argumentos se amontonaban en los artículos de prensa en busca de acertar con la explicación: malas cosechas por causas climatológicas, el tirón de los agrocombustibles, los mercados de futuros de grano, la subida de los combustibles, el incremento de la demanda alimentaria de gigantes como China e India, etc.

Las imágenes más graves de la repercusión de esta escalada de precios de los alimentos nos llegaban de Haití.¹ La población de Puerto Príncipe comía galletas horneadas de tierra de Hinche² mezclada con un poco de harina de sorgo y aceite de palma, mientras las revueltas acababan con el gobierno de turno. Aun siendo el campo haitiano el foco de mayor

* Fernando Fernández es licenciado en Derecho e ingeniero agrónomo, experto en soberanía alimentaria; Gustavo Duch es veterinario y coordinador de la revista *Soberanía alimentaria. Biodiversidad y culturas*. Autor de *Lo que hay que tragar* (2010).

pobreza, no era ahí donde faltaban los alimentos, sino que era en las principales ciudades como Puerto Príncipe, Jacmel o Cabo Haitiano. La razón era simple, los canales de distribución del campo a la ciudad en un país como Haití son muy precarios (todavía más, dos años después, con la catástrofe del terremoto de enero de 2010) y apenas pueden los campesinos vender sus productos en el mercado interno, mientras que el 70% del alimento consumido en las ciudades haitianas se importa de República Dominicana, EE UU y Canadá.³ La crisis estallaba en las ciudades porque, de pronto, la importación de alimentos dejó de fluir hacia los mercados urbanos.

Estaba claro que nos encontrábamos delante de una crisis que tenía como detonante una subida de los precios de los cereales que se producía en los parquets del mercado mundial. Recordemos que el aporte de energía alimentaria básica del ser humano es la que procede del cereal. En unos contextos es el trigo, en otros el maíz, y en otros el sorgo o el arroz. Los precios del trigo aumentaron un 130% en el período de marzo de 2007-marzo de 2008. Los precios del arroz aumentaron casi un 17% en 2007 y aumentaron otro 30% en marzo del 2008. Los precios del maíz subieron un 35% entre marzo de 2007 y marzo de 2008. En muchos países los precios de los cereales se doblaron o triplicaron durante el año 2008.⁴

Evidentemente, no todos los países se vieron afectados por igual. Los más afectados, claro, fueron aquellos países que, por diferentes razones, tienen mayor dependencia de la importación de alimentos. Los gobiernos de todo el mundo comenzaron a tomar medidas debido a la fuerte presión ciudadana con la intención de hacer accesible la comida a un precio razonable. Haití, Senegal, Camerún, Egipto o Indonesia se vieron contra las cuerdas, y países con niveles de desarrollo más altos como Argentina, Rusia o Chile retomaron el planteamiento de que los alimentos son una cuestión de seguridad nacional, lo que los llevó a impedir las exportaciones de grano básico, elevar los niveles de almacenamiento de los cereales, o establecer impuestos a las exportaciones con el fin de frenarlas.

Durante el año 2010 vivimos también una subida muy significativa en los mercados mundiales de los precios del trigo. Esta vez su foco era Rusia y la supuesta escasez de este cereal, y las consecuencias afectaron desde Mozambique (donde el trigo ha pasado a formar parte de su dieta precisamente debido a malas prácticas en la ayuda alimentaria incluida en la cooperación internacional que este país recibió a partir de las inundaciones del año 2000) hasta México, donde el trigo es también una reciente novedad en la dieta.

¿Cuáles son las causas reales de estas crisis? ¿Qué hemos aprendido de ellas? ¿Qué medidas se deben aplicar? ¿Qué derivaciones han tenido a posteriori? Son preguntas claves en un planeta dual, donde así como abundan los problemas de malnutrición, abundan los problemas de sobrealimentación; y reflexiones necesarias a finales de 2010, cuando con preocupación vemos que un nuevo ciclo de subida generalizada en el precio de las materias primas estos son factores presentes en las revueltas de Argelia o Túnez.

Causas de la crisis alimentaria: más de lo mismo

La crisis alimentaria como consecuencia de la liberalización de la agricultura

Algunos analistas han responsabilizado de la crisis alimentaria exclusivamente a los agrocombustibles, a la creciente demanda mundial de países como China o India o al calentamiento global. Pero en realidad esta crisis, entendemos, es primero y sobre todo el resultado de muchos años de políticas destructivas que socavaron las producciones nacionales de alimentos y obligaron al campesinado a producir cultivos comerciales para compañías multinacionales, mientras que los países debían comprar sus alimentos a estas mismas multinacionales en el mercado mundial. Una crisis que deriva, como no podía ser de otra manera, de interpretar la alimentación como un negocio, no como un derecho humano.

Si seguimos con el ejemplo de Haití por la crudeza con la que se vivió la subida de los precios alimentarios, es importante añadir y recordar que en el año 1980 Haití producía el 70% del arroz que se consumía a nivel interno, para pasar a finales de 2008 a una producción que apenas abastece el 40% de sus necesidades. Lo que responde a la eliminación de los aranceles y a la intención de favorecer la entrada de productos de la agricultura industrial de otros lugares, aspectos reforzados por las presiones durante los últimos 20-30 años del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y posteriormente de la Organización Mundial del Comercio.⁵

También han sido estas instituciones paladines del neoliberalismo, quienes «recomendaron» a muchas economías nacionales disminuir su inversión en la producción alimentaria. Mientras que la FAO recomienda que la inversión en el sector sea el 20% del presupuesto nacional, sin embargo del año 2000 al 2008, este porcentaje ha bajado hasta situarse en un 4% de media.⁶ En aras de favorecer la competitividad (con muchas privatizaciones por el camino), también se retiraron poco a poco todos

los apoyos a los pequeños agricultores. Desde las subvenciones directas a la producción, a los apoyos a la renta para compensar la diferencia existente con la renta de otros sectores, hasta el apoyo en los insumos, o el apoyo a los sistemas de mercados locales, muchas medidas necesarias para proteger la agricultura fueron desapareciendo progresivamente. Los tratados de la Organización Mundial del Comercio también forzaron a los países a reducir los aranceles a la importación y aceptar importaciones de al menos el 5% de su consumo interno, incluso en el caso de no necesitarlas. Al mismo tiempo, las multinacionales han seguido haciendo *dumping*⁷ con los excedentes en sus mercados, para lo que utilizan todas las formas de subsidios directos e indirectos a la exportación.

Otras de las medidas liberalizadoras que recorrieron el mundo rural de los años noventa atacaba a los modelos de almacenamiento de grano administrados por el Estado. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional presionaron a los gobiernos, que tuvieron que eliminarlos o privatizarlos. Bajo la presión de la Organización Mundial del Comercio, los institutos que regulaban a nivel interno los mercados o los precios también se vieron desmantelados. Ambas medidas se «aconsejaron», porque se consideraban contrarias al principio de «libre» comercio. Así, los gobiernos nacionales no disponen de mecanismo que les permitan estabilizar sus mercados y proteger a los agricultores y consumidores de las fluctuaciones repentinas de los precios.

Por último, esta falta de atención hacia la producción de alimentos se extendió también a la cooperación internacional. Mientras que la cooperación al desarrollo de los países industrializados hacia los países en vías de desarrollo pasó de 20.000 millones de dólares en 1980 a 100.000 millones de dólares en 2007, la aportación para la agricultura descendió de 17.000 millones de dólares a 3.000 millones de dólares en esos mismos años.⁸ Por otra parte, lamentablemente, la ayuda alimentaria que se ofrece después de las catástrofes, otra fórmula de cooperación internacional, tampoco está pensada para reforzar la producción nacional y la soberanía alimentaria (es decir, procurar el abastecimiento desde las estructuras de producción y almacenamiento nacionales), ya que los alimentos llegan directamente de los países donantes teniendo efectos devastadores en los sistemas nacionales. De nuevo la gestión de la ayuda alimentaria en la catástrofe de Haití nos da ejemplos para explicarlo. El 70% de las donaciones del Programa Mundial de Alimentos llegaron de los EE UU y directamente se trataba de sacos de arroz procedentes del país donante con el cuño de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional⁹ y del mismo Programa Mundial de Alimentos, mientras los graneros de arroz del Artibonito¹⁰ estaban repletos de arroz

que las cooperativas no podían vender, debido a una conjunción de factores. Por un lado, la falta de liquidez de las familias consumidoras urbanas tras la catástrofe y por otro, que diariamente se repartían en la capital 250.000 raciones de arroz del Programa Mundial de Alimentos. A las pocas semanas RAKPABA, la principal red de cooperativas productoras de arroz de Haití, tuvo que bajar el precio de la libra de arroz de 22 a 14 *gourdes*. La oficina de Naciones Unidas para la gestión de la catástrofe advierte que tras el ciclo de ayuda el abastecimiento interno de arroz habrá pasado del 40 al 20%.

La pérdida de soberanía de los gobiernos nacionales en materia de alimentación. Algunos datos

La alimentación ha sido durante décadas una cuestión de prioridad nacional. Este principio llevó a la Unión Europea a definir su política agraria tras la firma de los primeros acuerdos en el año 1957. El abastecimiento de los mercados internos, el nivel de producción adecuado y la renta de los agricultores europeos constituían tres de los cinco objetivos de la política agraria común de entonces. Pero la ola liberadora modificó buena parte de estos propósitos reduciendo ese conjunto de políticas a un sistema de subvenciones inapropiado para «indeminazar» al campesinado europeo frente a la llegada de alimentos de terceros países. Los movimientos campesinos europeos esgrimen que, en los últimos años, a cada hora desaparecen en Europa entre una y tres explotaciones agrarias.

Las propuestas neoliberales también se han extendido, con diversas fórmulas, por casi todos los países del planeta, con el consiguiente perjuicio para las agriculturas campesinas. La revolución maoísta en China definió entre sus prioridades la alimentación de los casi 1.000 millones de personas y la necesidad de que el campesinado dignificara su vida para lograrlo. Sin embargo, en la última década el gobierno chino ha primado el proceso de industrialización unido a una política agresiva en los mercados internacionales. El abandono del campo chino es ya un hecho y está generando un proceso de migración interna gravísimo y sin precedentes que ya empieza a tener consecuencias directas en la capacidad del país para cubrir la demanda interna de alimentos.

Después de 14 años del NAFTA (Tratado de Libre Comercio de Norteamérica), México pasó de ser un país exportador, a ser dependiente de la importación de maíz de Estados Unidos. Actualmente México importa el 30% de su consumo de maíz y cuando este escasea o se utiliza para otros fines (como la producción de agrocombustibles), el efecto se traduce en un aumento de los precios.¹¹

En 1992, los agricultores de Indonesia producían soja suficiente para proveer el mercado doméstico. El tofu hecho con soja y el *tempeh* son parte importante de la dieta diaria en todo el archipiélago. Bajo la doctrina neoliberal, el país abrió sus fronteras a los alimentos importados, lo que permitió que la soja barata de EE UU inundara el mercado. Se destruyó la producción nacional y actualmente el 60% de la soja que se consume en Indonesia es de importación. Los precios récord de enero del año 2008 de la soja de EE UU condujeron a una crisis nacional, cuando el precio del *tempeh* y del tofu (la «carne de los pobres») se dobló en pocas semanas.¹²

Según la FAO, el déficit alimentario¹³ en el oeste de África aumentó un 81% en el período 1995-2004, mientras crecía la importación de cereales en un 102%, la de azúcar en un 83%, de productos lácteos en un 152% y de aves en un 500%. Sin embargo, de acuerdo con el FIDA¹⁴ (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola), esta región tiene el potencial de producir alimentos suficientes. La Unión Europea forzó a los países de la ACP (países de África, del Caribe y del Pacífico) al llamado Acuerdo de Colaboración Económica, para liberalizar el sector agrícola sustituyendo el antiguo sistema de preferencias generalizadas contenido en los acuerdos de Lomé y Cotonú I y II, con efectos adversos predecibles para la producción alimentaria.

En definitiva, el avance del sistema internacional de comercio y cada uno de los acuerdos de liberalización que se firman son un paso más en la pérdida de la soberanía nacional en materia alimentaria. Este escenario generalizado ha hecho tremendamente vulnerable a los países a crisis alimentarias.

El boom de los agrocombustibles y su impacto en los mercados mundiales

Bajo este marco descrito de políticas neoliberales en la agricultura, las políticas de promoción de los agrocombustibles, aprobadas en los primeros meses del año 2008, se convirtieron en otro factor causante del aumento de precios de los alimentos. Durante los últimos años, las multinacionales y los poderes económicos mundiales, como EE UU y la Unión Europea, han desarrollado rápidamente el interés por la producción y uso de agrocombustibles. Subsidios e inversiones masivas se están dirigiendo hacia este sector en auge, con el resultado evidente de que muchas tierras han pasado en poco tiempo de ser destinadas a la producción de comida a la producción de agrocombustibles. Son muchas las situaciones donde se evidencia la competencia de tierras

agrícolas dedicadas a la producción de agrocombustibles. Por ejemplo, una parte importante del maíz de EE UU ha «desaparecido» del mercado alimentario, pues se adquiere para la producción de etanol. En Filipinas, el gobierno otorgó una concesión sobre 1,2 millones de hectáreas para la producción de *jatropha* para uso energético en la isla del sur, Mindanao, a través de la Compañía Nacional del Petróleo de Filipinas-Corporación de Combustibles Alternativos.¹⁵ La *Jatropha curcas* es un arbusto no comestible resistente a la sequía. Produce frutos del tamaño de pelotas de golf que contienen un aceite que puede convertirse en agrocombustible. Brasil, curiosamente uno de los principales productores del mundo de etanol y responsable de la MINUSTA (Fuerza de Naciones Unidas para la estabilización de Haití) logró la concesión de más de 30.000 hectáreas de tierra en Haití de producción cañera para su reconversión en la producción, también, de *jatropha*, mientras que en este país, es obvio, hay muchas tareas pendientes para asegurar su propia soberanía alimentaria.

Esta explosión incontrolada del sector de los mal llamados biocombustibles causó un gran impacto en los ya inestables mercados internacionales de la agricultura. Egipto, uno de los mayores importadores de cereales, ha reclamado a EE UU y a la Unión Europea que detengan el crecimiento de la producción de maíz y otros cultivos para combustibles. En este país los precios de los alimentos, incluido el pan subvencionado, subieron cerca de un 30% durante el año 2008.

Especuladores hasta con la comida. La apuesta por la escasez esperada

La especulación, a menudo eclipsada en los debates públicos, fue el desencadenante principal de la crisis alimentaria de 2008, como lo es en la incipiente pero peligrosa subida de precios de finales de 2010. Aunque escuchemos nefastas noticias de sequías o inundaciones que han acabado con las mejores cosechas, lo cierto es que la producción agrícola permanece a un nivel alto,¹⁶ pero los especuladores apuestan por la escasez esperada y aumentan artificialmente los precios. El mecanismo es sencillo. Los granos (como si fueran cualquier mercancía) se compran y venden en las bolsas de cereales. Lo que nació como un sistema para garantizar el precio de la cosecha anual del productor, y reducir así la incertidumbre lógica de los cultivos, se ha convertido en un escenario donde se compran (mercado de futuros) las cosechas de los próximos 7-10 años. De forma que «los capitales» que invierten, por ejemplo, en

la cosecha del 2015 harán lo posible por hacer «crecer» su precio y así venderla a otro capital, con sus beneficios, dando inicio a una cadena de especulación inaceptable.

La producción mundial de grano en 2007/2008 se estimó en 2.108 millones de toneladas (un aumento de 4,7% comparado a la de 2006/2007). Esto superaba bastante la media de crecimiento del 2% en la pasada década. El consumo medio de cereales para la alimentación aumentó cerca del 1% anual y alcanzó más de mil millones de toneladas en 2007/2008. El uso para forraje aumentó un 2% hasta 756 millones de toneladas. Y el uso para otros fines llegó cerca de 364 millones de toneladas. Es decir, un equilibrio entre producción y consumo, aunque es importante decir que una política precavida sobre las reservas de cereal debería destinar en torno al 8-10% (en torno a 210 millones de toneladas) para contingencias. En cambio, como hemos mencionado antes, una parte importante del consumo de maíz se destina a agrocombustibles, lo que compromete las reservas de alimentos. Se calcula que las reservas mundiales de cereal disminuyeron en 21 millones de toneladas (5%) hasta llegar a 405 millones de toneladas al final de la temporada de 2008. Las reservas han ido descendiendo durante muchos años y en este momento, las reservas alimentarias están en su nivel más bajo en 25 años. Todo esto aumenta la vulnerabilidad del mundo ante las posibles crisis alimentarias y da alas a la especulación.¹⁷

Aunque es cierto que durante los últimos años la demanda ha aumentado un poco más que la producción, una política nacional e internacional equilibrada dirigida a la producción alimentaria de cada país podría fácilmente corregir la situación y asegurar precios estables para las y los campesinos y las y los consumidores.

Así pues, de cara al futuro, las tendencias apuntan a que la tierra se utilizará cada vez más para agrocombustibles (maíz, pero también aceite de palma, semilla de colza, caña de azúcar, etc.); que la ascendente clase media de Asia comenzará a comprar carne lo cual aumentará la demanda de cereales; que los efectos climáticos derivados del calentamiento global repercutirán negativamente en las cosechas de alimentos. Es decir, un caldo de cultivo apropiado (si no se toman las medidas apropiadas) primero, para que se mantengan los motivos que permitan la especulación alimentaria actual y, segundo —como analizaremos a continuación— para que las grandes corporaciones agrícolas y el capital financiero se lancen a la adquisición de enormes áreas de tierras agrícolas con renovados fines especulativos, expulsando del medio rural a más campesinos.

De alguna manera podemos decir que la especulación basada en los mercados de futuro ahora encuentra un camino de expansión a partir

del acaparamiento de tierras, y ha sido el año 2010, el año central de este nuevo fenómeno que compromete la soberanía alimentaria de muchos pueblos.

Land grabbing el acaparamiento de tierras del siglo XXI

Un elemento que podemos destacar este año 2010 ha sido el reconocimiento de un nuevo fenómeno de acaparamiento de tierras por parte del capital financiero. Desde 2008, las dos grandes crisis globales, la alimentaria y la financiera, han provocado una clara tendencia hacia nuevas compras de tierra para la producción agrícola. Así, nuevos inversores se están apresurando a controlar tierras agrarias en Asia, África y América del Sur. En un primer momento, a principios del año 2008, difundían la idea de que obtenían esas tierras para lograr la seguridad alimentaria de sus países de origen, pero rápidamente se observó la entrada de bancos inversores, grupos privados de capital o fondos económicos y similares que sabían que podían ganar dinero en la agricultura, teniendo en cuenta el alza en los precios de los alimentos.

Según informa GRAIN¹⁸ «hasta la fecha han cambiado de manos —o están en proceso de hacerlo— más de 40 millones de hectáreas, más de la mitad en África, por un valor estimado de más de 100.000 millones de dólares. En casi su totalidad, son tierras fértiles con acceso a riego. Para ilustrar la magnitud de este nuevo asalto al sustento de las comunidades rurales en el Sur, hemos de saber que esta cantidad de tierra representa más del doble de toda la tierra agrícola en España. Son transacciones realizadas principalmente por corporaciones privadas con la connivencia de personal de los gobiernos en los países en donde se compran las tierras. También hay que subrayar —y denunciar— que la mayor parte de la información se mantiene en secreto ante el temor de una fuerte reacción política en caso de conocerse en su totalidad por la población».¹⁹

«Como consecuencia de estos procesos —explican— las nuevas personas y entidades propietarias de las granjas y fincas agrarias son personas gestoras de fondos privados de capital, operadoras especializadas en fondos de tierra agraria, fondos de pensiones, bancos, etc. Lo que buena parte de la ciudadanía de a pie no sabemos es que parte de los dólares o euros empleados para este acaparamiento proceden de los ahorros para la jubilación de colectivos de maestros/as, funcionarios/as y trabajadores/as de países como los EE UU o el Reino Unido, por lo que dichos colectivos están directamente involucrados, lo sepan o no, en estos procesos. También en España hay fondos de inversión ligados a la compra de tierras en países del Sur».²⁰

Así pues tenemos una clara tendencia hacia la apropiación de tierras para cultivos industriales, que sabemos serán fuente de nuevas especulaciones, que estarán muy distantes de la alimentación de las personas, y que —fundamentalmente— desplazarán a miles de campesinos de su modo y medio de vida: la tierra. Un líder campesino de Synérgie Paysanne, en Benín, ha calificado el acaparamiento de tierra como la «exportación de la inseguridad alimentaria», ya que responde a un proceso para cubrir las necesidades de algunas personas —de dinero o maíz, por ejemplo— pero a costa de sustraer los mismos a otras personas.

CAJA DE DESPIECE. ¿Jugando al escondite?

Las causas reales de la subida de los precios en los alimentos tienen su origen en la implantación de un modelo de libre mercado, donde la alimentación es una mercancía más, y no se le reconoce —y se debería— como un derecho humano. Son muchas las barbaridades que se hacen para especular con los alimentos. Por ejemplo, no es raro que las grandes empresas del sector mantengan reservas de grano alejadas del mercado para estimular las subidas del precio creando enormes beneficios. En Indonesia, justamente durante la subida del precio de la soja en enero de 2008, la compañía PT Cargill Indonesia conservaba aún 13.000 toneladas de soja en sus almacenes de Surabaya, esperando a que los precios alcanzaran records históricos para entonces vender. En 2010 la subida de los precios en el trigo tenía una justificación que no era climática: los silos rusos estaban repletos pero en el mercado no había trigo.

La crisis que viene

Dado que el contexto y los factores generadores de la crisis alimentaria no han cambiado, es fácil predecir que estos ciclos puedan repetirse. De hecho, las primeras cifras de 2011 apuntan en esa dirección y la FAO ya ha lanzado en el mes de febrero las alarmas internacionales sobre una nueva subida de precios internacional que pone en peligro de nuevo el abastecimiento sobre todo de los países de África y de los países importadores netos de alimentos.²¹ Tras la experiencia de 2007-2008, con el desplome de los créditos hipotecarios, algunos fondos de inversión se trasladaron a la agricultura, y el tirón de los agrocombustibles les generó buenos réditos. Desde su punto de vista, solo se trata de replicar y repetir la misma jugada. La crisis del trigo de 2010 ha sido el primer tanteo y, de nuevo, no han existido reacciones para combatir estas nuevas especulaciones. Así es seguro que se repetirá el ataque a los productos agrícolas, un elemento financiero de muy bajo riesgo, y más cuando otro de los recursos habituales para la inversión, como

son las deudas públicas nacionales, son cada vez más arriesgadas. Y no podemos dejar de repetirlo, se tratará de aumentos que van directos a las economías de todos los ciudadanos del planeta. Y todo esto ocurre mientras todavía hay suficiente comida en el mundo para alimentar a la población global. Según la FAO, el mundo podría aún alimentar hasta 12.000 millones de personas en el futuro.²² ¿Hace falta esperar a la escasez de comida para preocuparnos?

CAJA DE DESPIECE. Con el trigo no se juega

Con la experiencia de la crisis alimentaria de 2007-2008 resulta llamativa —digámoslo así— la información que se ofreció de la subida de precios de los cereales, en especial del trigo, durante 2010. De aquella crisis aprendimos que los factores que llevaron al incremento de precios no eran solo el aumento del consumo en India y China, sino y más importantes, el tirón producido por el boom de los agrocombustibles y la especulación financiera trasladada de los fondos hipotecarios en quiebra,²³ a los mercados financieros que compran y venden las futuras cosechas de cereales.

El inicio de lo que puede ser una nueva crisis alimentaria se achaca ahora a la sequía en Rusia y el cierre —en legítima defensa— que han decretado a sus exportaciones de trigo. ¿Solo? ¿Seguro? Pues no. Las cosechas mundiales de los últimos dos años fueron excelentes, y los almacenes de grano disponían en esas fechas de unas reservas equivalentes —según la FAO— a más de la cuarta parte de los requerimientos del consumo mundial de trigo. Y las previsiones para todo 2010 apuntaban a la tercera cosecha más grande registrada en la historia. A pesar de ello, sin estar en una situación peligrosa de abastecimiento, a mediados de agosto, el valor del grano en el mercado internacional se había elevado en torno al 50% respecto a junio.

Si pasean por la sucursales bancarias de su barrio o buscan información de fondos de inversión, tendrán a la vista el factor clave en este actual aumento en los precios del trigo: otra vez la acción especulativa con las cosechas. En estos momentos casi la tercera parte de las inversiones en las cosechas de los próximos años (lo que se conoce como «mercados de futuros de materias primas»), está en manos de especuladores, que buscan hinchar su burbuja lo más rápido y lucrativo posible. En 2007 supieron jugar la partida demasiado bien: apostaron mucho dinero conociendo el repunte de precios que provocarían las cuotas que muchos países se marcaron de uso de combustibles de origen agrícola. Ahora juegan fuerte, refugiándose en una supuesta escasez. A día de hoy, el farol de la especulación con el trigo ya es evidente (en México los productos derivados del trigo ya han aumentado en un 20%) y, parece, puede contagiar al arroz y al maíz, los otros cultivos fundamentales para la alimentación básica. Si esta incertidumbre se convierte en un alza generalizada de precios, y en el actual contexto de crisis, es evidente que para muchas personas, las más pobres, el acceso a los alimentos resultará muy difícil. La crisis de 2007-2008 nos situó en la cifra de 1.020 millones de personas sin alimentación adecuada. Una de cada seis. No es la sequía, sino los rayos y truenos que surgen desde la ruleta de la bolsa de Chicago.

Paradojas de la crisis alimentaria en un mundo de abundancia

Durante la primera década de 2000 se han alcanzado dos cifras, dos récords preocupantes: una población cercana a los siete mil millones de personas en el planeta, y 1.000 millones de personas que a finales de 2010 sufren hambre, el mismo número de seres humanos que hoy padecen problemas de sobrepeso. ¿Cómo es posible? ¿Puede un mismo sistema alimentario global generar esta contradicción? Sí, la búsqueda de beneficios por parte de las grandes corporaciones que controlan la cadena alimentaria es capaz de cuadrar el círculo.

Si analizamos ambos fenómenos por separado podemos perder algunos matices interesantes. El hambre —se nos dice habitualmente— es el producto de la falta de alimentos, de malas cosechas, de sistemas agrarios «atrasados», pero bien sabemos que actualmente estamos produciendo alimentos suficientes para el doble de las personas que vivimos en este planeta. Como hemos visto en los apartados anteriores, es la falta de control y acceso a los recursos productivos (tierra, agua, semillas, genética, etc.) por parte del campesinado lo que les impide vivir de sus labores en el campo.

La obesidad —se nos dice habitualmente— es el producto de unos hábitos alimentarios y una vida sedentaria. Y así es, aunque si nos preguntamos cómo esos hábitos (encabezados por la comida rápida e industrial) se han instalado en todos los rincones del mundo, llegaremos a descifrar la otra cara de la misma moneda. Esa falta de control y acceso a los recursos productivos por parte del campesinado es el espejo de un sistema alimentario globalizado, controlado de un extremo a otro de la cadena por muy pocas corporaciones, en un sistema de libre mercado que les permite campar a sus anchas. Los bajísimos precios de la comida basura y su accesibilidad en cualquier barrio de cualquier ciudad del mundo determinan, por un lado, que las familias populares urbanas la consuman habitualmente y por el otro, que las familias campesinas vendan sus producciones sanas y de calidad para acabar consumiendo este tipo de productos.

Visualicemos la cadena alimentaria: una parte cada vez más importante de la agricultura planetaria está dedicada a la producción de cereales y leguminosas para la alimentación animal; otra parte tiene usos no alimenticios, como la fabricación de papel o los agrocombustibles, y la parte restante, cada vez menor, a la producción de alimentos de huerta. Y son muy pocas empresas las que manejan el principal elemento: las semillas. Estas empresas, junto con el capital financiero y las oligarquías locales, han ido ampliando la extensión de sus monocultivos.

Así pues, en este eslabón agrícola tenemos como resultado la expulsión forzada de millones de familias campesinas que buscarán en las urbes otros medios de vida.

Buena parte de esas cosechas irán a parar a granjas industriales para el engorde de cerdos, pollos o vacas. Y es precisamente la instalación de estas macroindustrias la responsable de la desaparición del tejido ganadero a pequeña escala del medio rural. De nuevo, miles y miles de personas forzadas a buscar un nuevo modo de vida.

Lo mismo ocurre si pensamos en el medio marino con los grandes buques factoría en manos de tres o cuatro empresas transnacionales, que acaparan buena parte de la pesca fuente de alimentos y trabajo para muchos pescadores locales. La acuicultura, como fórmula para aumentar la producción de proteína animal, no ha resuelto el problema de la sobrepesca, pues el pescado que engordan se nutre —lógicamente— de pescados que han formado siempre parte de la dieta de las comunidades de costa.

Sencillo y dramático, al mismo tiempo: el modelo agroindustrial se beneficia por partida doble, abaratando sus costes de producción gracias a su posición de poder y control, y vendiendo —al final de la cadena— esa materia prima transformada (engrasada y azucarada) a buena parte de la ciudadanía, también a los que expulsó del campo. Barato, accesible, omnipresente y de dudosa calidad nutritiva son los ingredientes para favorecer obesidad y otros problemas derivados de una excesiva mala alimentación. Si era habitual relacionar la obesidad con las clases pudientes, hoy en día no es raro que esta nueva obesidad afecte básicamente a las clases más populares, ya que estos alimentos industriales se comercializan a muy bajo precio en los mercados, se encuentran presentes en las cadenas de alimentación rápida y económica, y también en el recetario de trabajadores con poco tiempo para dedicar a la cocina y la mesa. Entre ellos los millones de campesinos expulsados por el propio sistema alimentario global.

CAJA DE DESPIECE. La década de la Soja

Las tan habitualmente bien ponderadas virtudes de la soja en cualquier establecimiento o producto comestible son el disfraz de un modelo capaz de hacer las gorduras más obesas y las hambrunas más hambrientas. La soja está omnipresente en nuestra alimentación —siendo el paradigma de su homogeneización—: es el emulsionante básico para toda la comida industrial, el ingrediente principal de un gran número de aceites vegetales y el alimento clave para toda la producción animal. Los supermercados y las cadenas de comida rápida no son más que puntos de venta de soja: soja en forma de

hamburguesa, en forma de chocolate, etc. Y la soja es también el monocultivo de la década, el cultivo que más tierras deforesta, que más bosques tala, que más asesinatos y esclavitud produce, que más fumigaciones provoca, y finalmente el cultivo que más pobreza genera. Una opresión para quienes la producen y un mal regusto para quienes la consumimos.

Frente al abandono rural, el reto de alimentar a las ciudades

Según todos los estudios sobre previsiones de futuro, el proceso de urbanización es creciente.²⁴ Por encima de las valoraciones que podamos hacer de esta realidad, el hecho es que plantea enormes desafíos. América Latina es el continente donde el proceso actual es más dramático. En la mayoría de los países los porcentajes de población en el medio rural y urbano se han invertido, y actualmente un 40% vive en un contexto rural frente a un 60% que se sitúa en un contexto urbano. En Europa se mantiene esta tendencia desde los años sesenta, y nada parece detenerla. En Asia la magnitud de las migraciones del campo a la ciudad nos dejan apabullados. Hablamos de millones de campesinos chinos o indonesios sumándose al éxodo rural.

Pero el abastecimiento de alimentos en las megalópolis de los países empobrecidos del Sur del mundo es enormemente complejo y dificultoso. Los sistemas de distribución en las ciudades no funcionan; el mundo rural se ha desconectado de las grandes ciudades; la red de mercados y plazas de abastos tiene muchas deficiencias estructurales y en ella se pierden en torno al 50% de los alimentos; la deficiencia en los sistemas de almacenamiento, refrigeración, conservación, etc. son evidentes incluyendo también a los mataderos o salas de despiece.²⁵ Debido a estas circunstancias, se constata que las multinacionales agroalimentarias colocan su comida más rápida y eficazmente en estas ciudades que la propia producción campesina nacional. Y finalmente se genera una situación de dependencia externa muy grave, como se ha constatado durante las crisis alimentarias, durante las cuales son los centros urbanos los que ven antes vaciar las estanterías de los establecimientos.

Se vende el mango y se compra un sobre de zumo en polvo. La paradoja de la comida barata

Esta paradoja marca la realidad cotidiana. La poca valoración social del campesinado y de su función social han hecho mella en la visión que las familias del campo tienen de sí mismas, lo que hace que no aprecien lo propio. La cultura hegemónica ha globalizado los sabores, los gustos y

los aromas. Esos sabores homogéneos de la comida rápida o industrial se han impuesto en todo el mundo, y sin saber cómo los hijos de los campesinos quieren refrescos carbónicos, dulces industriales, caldo en pastillas o salsas y condimentos preelaborados. Por ejemplo, las familias campesinas de las lomas de la República Dominicana cogen mangos de los árboles, se los venden a los turistas de Punta Cana o Bayahibe, y a cambio compran polvos para tomar un zumo «como los gringos».

Pero la realidad —la paradoja al mismo tiempo— es que en cualquier ciudad del mundo, São Paulo, Santo Domingo, Bamako o Puerto Príncipe, es más barato consumir alimentos elaborados procedentes de las grandes multinacionales que conseguir y pagar un buen plato de comida nacional elaborada o cocinada.

A todo esto, hay que añadir también que han cambiado los hábitos culturales respecto a la comida. Una de las circunstancias sociales que más afecta a este proceso de homogeneización cultural alimentaria es el hecho de que la gente ya no cocina. El hábito de cocinar requiere conocer los alimentos, combinarlos, saber algo acerca de sus cualidades, cuáles son las mejores épocas del año para consumirlos y, desde luego, requiere tiempo, algo que el capitalismo se ha encargado de hacer desaparecer. El ejemplo más claro es el descenso en el consumo de legumbres. Una fuente de proteína vegetal y energía valiosísima y saludable para el organismo humano, como lentejas, garbanzos, habichuelas, etc. dejan de consumirse porque requieren de una cocción lenta y laboriosa. Así, la superficie destinada al cultivo de legumbres se está reduciendo año tras año.

Lecciones aprendidas de la crisis alimentaria

El mercado no resolverá el problema

La inestabilidad y la rigidez del mercado alimentario internacional son dos de las características que influyen más en los mercados agrícolas: dado que la producción es de temporada y variable y sometida a elementos que son muy cambiantes, como el clima, los aumentos en la producción no son evidentes de manera inmediata, pues los cultivos necesitan tiempo para crecer. A la vez, el consumo no aumenta mucho aunque haya más comida disponible. Las pequeñas diferencias en los suministros y la demanda, las incertidumbres relativas a las cosechas futuras y la especulación en los mercados internacionales pueden producir efectos enormes en los precios. La volatilidad en los mercados alimentarios es debida, sobre todo, a la desregulación, la falta de control sobre

los grandes agentes y la falta de la necesaria intervención estatal a nivel internacional y nacional para estabilizar los mercados. ¡Los mercados des-regulados son una parte crucial del problema!

Los agricultores no se beneficiarán de los altos precios

Pese a la idea general de que un aumento del precio de los alimentos beneficia a los campesinos, es necesario decir que esto no es así. La gran agroindustria, la empresa distribuidora o las multinacionales, unidas a los especuladores y comercios a gran escala, son realmente quienes se benefician de las crisis alimentarias. Los campesinos cultivan los alimentos, pero la cosecha a menudo ya está vendida al que presta el dinero, a la compañía de insumos agrícolas o directamente al comerciante o a la unidad de procesamiento.

Aunque los precios que se pagan a los campesinos han subido para algunos cereales, ese aumento es muy poco comparado con los aumentos en el mercado mundial y los aumentos que se han impuesto a los consumidores. Si los alimentos del mercado vienen de los productores del país, a menudo los beneficios de las subidas de precios se los llevan las compañías y otros intermediarios que compran los productos de los campesinos y los venden a más del doble de lo pagado. Si los productos vienen del mercado internacional, esto es aún más claro: las compañías multinacionales controlan este mercado. Ellos definen a qué precios se compran los productos en el país de origen y a qué precios se venden en el país que los importa. Aunque en ciertos casos los precios sí que subieron para los productores, la mayor parte de esa subida la cobran otros.

No debemos perder de vista que en el momento en que se inicia una escalada de precios de materias primas, los proveedores de insumos (fertilizantes, pesticidas, etc.) aumentan el precio de sus productos. Así, con el aumento en los costes de producción en todos los sectores, los campesinos ven incluso cómo sus beneficios bajan, mientras que los precios a los consumidores se disparan. Y ciertamente quienes más sufren estos encarecimientos son las granjas, por el aumento de los precios del forraje.

Por último, hay que destacar que los agricultores venden su producción a un precio extremadamente bajo comparado con lo que pagan los consumidores. En Europa, la Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos (COAG) de España calculó que los consumidores de este país pagan hasta un 600% más de lo que obtiene el productor por su producción.²⁶ Números similares también existen en otros países, donde los precios del consumo se definen principalmente

por los costes de procesamiento, transporte y venta al público. El elemento que provoca esta gran diferencia es el poder que han conseguido dentro de la cadena alimentaria las grandes superficies de distribución. En muchos casos han desbancado a las grandes empresas de cada sector, y son ellas las que se han convertido en las que deciden los precios a pagar en origen, mientras que se permiten vender muy por encima de lo justificado por la subida de precios de los productos agrícolas.

Agricultores, campesinos sin tierra, productores de cultivos comerciales y consumidores urbanos serán las víctimas de la crisis alimentaria

Los trabajadores de la agricultura, así como muchas personas de las áreas rurales, también tienen que comprar comida, pues no tienen tierra suficiente para poder autoabastecerse con dignidad. Algunos campesinos que poseen tierras se encuentran obligados a producir cultivos comerciales en lugar de alimentos. Miles de parceleros de la reforma agraria en República Dominicana, por ejemplo, recibieron sus lotes de tierra entre el año 2006 y 2007 con la condición de destinarlas al cultivo de *jatropa*. El propio Estado dominicano empuja a los campesinos a esta trampa. La venta de las cosechas es segura a las compañías que las procesan en el propio país, sin embargo el precio para el campesinado es bajo y la productividad insuficiente. A cambio, han perdido su capacidad para producir su propia comida. El modelo de contrato agrícola o de integración vertical en la agricultura y la ganadería se ha generalizado, convirtiendo a los campesinos en asalariados. Se ha producido la proletarianización del campesinado, cambiando las bases de su propia cultura y forma de ser. Incluso aunque los campesinos reciban un pequeño aumento para su cultivo comercial, tienen que pagar mucho más cara la comida en el mercado, y eso genera también mayor pobreza en sus familias.

Las políticas de liberalización de las últimas décadas han expulsado a millones de personas del campo a las áreas urbanas, acabando en su mayoría en barrios pobres, con una vida muy precaria y forzados a vender su trabajo muy barato y a comprar la comida y otros bienes a precio muy alto. Ellos son las primeras víctimas de la crisis actual, pues no tienen modo de producir su propio alimento. Su número ha aumentado dramáticamente, y tienen que gastar una gran parte de sus ingresos en comida. De acuerdo con la FAO, mientras que en los países desarrollados la alimentación representa apenas el 15% de la renta familiar, en los países en vías de desarrollo la comida representa entre

el 60-80% del gasto de los consumidores²⁷ (incluyendo campesinos sin tierra y trabajadores del campo).

Las compañías explotan despiadadamente la situación actual y aceptan que un creciente número de personas pasen hambre porque no tienen el dinero para comprar la comida disponible. Los gobiernos se ven forzados a importar alimentos para satisfacer la demanda de los consumidores y no disponen de los medios para apoyar a aquellos más pobres, los campesinos.

Más libre comercio no resolverá la crisis

Algunas instituciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, así como algunos gobiernos, están ahora abogando por invertir más en agricultura, por aumentar la ayuda alimentaria para los países pobres importadores de alimentos y liberalizar más los mercados para que los países puedan mejorar sus ingresos mediante la exportación. Muchos argumentan que necesitamos modelos de producción más intensivos, lo que para ellos significa más insumos industriales en la agricultura, incluyendo la introducción de transgénicos y el uso de más energía fósil.

En realidad, lo que hacen estas instituciones lo sabemos: seguir promoviendo más acceso y facilidades para las multinacionales en la Ronda de Doha²⁸ y condicionar el apoyo financiero a los gobiernos a criterios políticos para aumentar la dependencia de sus países. Nada dicen sobre la necesidad de una mayor regulación y estabilización del mercado. ¿Y tienen presente políticas a favor de la producción agrícola basada en el saber campesino y bajo el control del pequeño campesinado?

La salida está en reconstruir las economías alimentarias nacionales

Son muchos los argumentos que nos deben obligar a repensar el sistema alimentario global. La crisis alimentaria de estos años es un fenómeno derivado de este modelo que viene a sumarse a la generación de pobreza en el medio rural, a la pérdida de biodiversidad que sufrimos, a la baja calidad de los alimentos a los cuales tenemos acceso, al aumento de CO₂ en nuestra atmósfera, etc.

Por todo ello, es necesario retomar la prioridad sobre la estructura de producción agropecuaria a nivel nacional. Con una agricultura local, campesina y fuerte conseguiremos acercar cada pueblo o nación lo más

posible a la autosuficiencia alimentaria que, como reconoció el propio Jacques Diouf, secretario general de FAO, en el año 2008, debería ser una prioridad en la lucha contra el hambre.

Por otro lado, no debemos olvidar lo que puede significar el apoyo al sector primario de países donde la agricultura es clave: en unos 100 países del planeta, el sector agropecuario representa más del 35% del Producto Interior Bruto, y más del 50% de población activa. En más de 50 países este último dato asciende al 60%. En al menos 70 países la población rural es del 60%, y en términos globales el 70% de los alimentos proceden de las economías campesinas.²⁹ Los campesinos conservan la mayoría del patrimonio genético destinado a la agricultura y la ganadería, reproduciéndolo y manteniéndolo vivo. Por otra parte, es una cuestión de equilibrio y gestión del territorio en un mundo cada vez más vulnerable. Son sobre todo el mantenimiento de la agricultura y la ganadería los que fijan la población en el territorio rural, evitando el despoblamiento a la vez que garantizan, mediante un manejo adecuado de los sistemas agropecuarios y agroforestales, una lucha muy eficaz contra el calentamiento global.

Para corregir la crisis, o mejor dicho, las crisis alimentarias, ya contamos con un discurso, encabezado por el movimiento internacional de organizaciones campesinas, Vía Campesina, que defiende la recuperación de la soberanía alimentaria de los pueblos. Desde estos posicionamientos se defiende que los países deberían dar prioridad en sus políticas y presupuestos a la producción doméstica de alimentos para dejar de ser tan dependientes del mercado mundial. Se deben desarrollar sistemas de producción diferentes, que no estén enfocados exclusivamente a los cultivos principales como el maíz, la soja, el arroz y el trigo, sino que integren los alimentos locales que han sido olvidados desde la revolución verde. Las familias de pequeños agricultores pueden producir una gran variedad de alimentos que garanticen una dieta equilibrada y algunos excedentes para los mercados.

Los precios del mercado interno deben estabilizarse a un nivel razonable para los campesinos y consumidores, y deben de ser remuneradores para que los campesinos cubran los costes de producción y aseguren unos ingresos dignos, y para que los consumidores estén protegidos de los altos precios. Hay que potenciar la venta directa por parte del campesinado a los consumidores. Por ello, en cada país o región económica hay que establecer (o recuperar) sistemas de intervención que puedan estabilizar los precios del mercado. Para conseguirlo, son necesarios controles a la importación, con tasas y cuotas, con el fin de regularla y evitar el *dumping*, que destruye la producción interna del

país. Hay que establecer también una reserva de seguridad estatal con el objetivo de estabilizar el mercado interno y otro tipo de mecanismos con estas funciones.

A nivel internacional, hay que establecer reservas de seguridad, así como un mecanismo de intervención para estabilizar los precios a un nivel razonable en los mercados. Los países exportadores deben aceptar las normas internacionales que controlan las cantidades que pueden llevar al mercado. Los países deben tener la libertad de controlar las importaciones para poder proteger la producción nacional de alimentos.

La producción de cereales para agrocombustibles es inaceptable y debe detenerse, pues compite con la producción de alimentos. Como primer paso se plantea una moratoria inmediata sobre los agrocombustibles, como propuso el antiguo relator especial de la Organización de Naciones Unidas, Jean Ziegler, en relación con el Derecho a los Alimentos.

La influencia de las compañías multinacionales debe limitarse, y el comercio internacional de materias primas debe llevarse a un mínimo necesario. La producción de cada país debería satisfacer el máximo posible de la demanda interna. Este es el único modo de proteger al campesinado y a los consumidores de las fluctuaciones repentinas de los precios provocadas en el mercado internacional de materias primas.

40. *Ben & Jerry's Social and Environmental Assessment Report*, en www.benjerry.com/company/seo.

41. High Level Task Force on the Global Food Security Crisis, *Comprehensive Framework for Action* (Nueva York: julio de 2008); FAO, «Declaración de la Cumbre Mundial sobre Seguridad Alimentaria», Roma, noviembre de 2009; World Bank, «Five Countries Receive Food Security Support Through Multi-Donor Fund», nota de prensa (Washington, DC: 23 de junio de 2010); Feed the Future, en www.feedthefuture.gov.

42. Committee on Economic, Social and Cultural Rights, «General Comment 12: The Right to Food (Article 11)», United Nations, 12 de mayo de 1999; Daryll E. Ray, «Battling Global Hunger by Increasing Global Production?» *Policy Pennings*, Agricultural Policy Analysis Center, University of Tennessee, 2 de abril de 2010.

43. Action Aid International, *Impact of Agro-Import Surges on Developing Countries* (Johannesburgo: julio de 2008).

44. *Ibíd.*

45. Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD) y FAO, *OECD-FAO Agricultural Outlook 2010-2019* (París: OECD, 2010); H.R. 4173 Dodd-Frank Wall Street Reform and Consumer Protection Act, en www.opencongress.org/bill/111-h4173/show; Institute for Agriculture and Trade Policy, «Wall Street Reform Bill Signed Today Will Limit Excessive Speculation in Agriculture: New Rules to Curb Wall Street's Influence over Food and Farming», nota de prensa (Minneapolis, Minesota: 21 de julio de 2010).

46. East Africa Grain Council, «Approved Warehouses», en www.eagc.org/warehouses.asp; The Sahel and West Africa Club (SWAC/OECD), «2010 SWAC Forum: Call for Contributions», en www.oecd.org/document/8/0,3343,en_38233741_38242551_45431968_1_1_1_1,00.html; Riza Bernabe, «The Need for a Rice Reserve Mechanism in Southeast Asia», para la Asian Farmers' Association (Asociación de Agricultores Asiáticos), PowerPoint elaborado para la conferencia Food Reserves: Stabilizing Markets, Investing in Farmers and Achieving Food Security, Bruselas, 1-2 de junio de 2010; Joachim von Braun, «Time to Regulate Food Markets», *Financial Times*, 9 de agosto de 2010.

47. World Bank, *Rising Global Interest in Farmland: Can it Yield Sustainable and Equitable Benefits?* (Washington, DC: septiembre de 2010); Alexandra Spieloch, *Global Land Grab* (Washington, DC: Foreign Policy in Focus, 18 de junio de 2009); FAO et al., «Principles for Responsible Agricultural Investment that Respects Rights, Livelihoods and Resources», Discussion Note, Roma, 25 de enero de 2010.

48. FAO, *Guide to Conducting a Right to Food Assessment* (Roma: 2009).

49. De Schutter, op. cit. en nota 26.

50. *Ibíd.*

Apéndice 1. 2010. El terremoto alimentario. Causas de la crisis alimentaria y tendencias de futuro

1. Periódico *Hoy* R. Dominicana. 12.02.2008.

2. Hinche es una ciudad situada en la parte central de Haití y es capital del

Departamento del Centro. En esta localidad, la tierra arcillosa es rica en minerales y nutrientes.

3. Informe de situación: Cluster de Agricultura. OCHA. UN. Febrero de 2010.

4. Informe FAO. Cereales y granos básicos. Alimentación y crisis. <http://www.fao.org/docrep/010/ai465e/ai465e00.htm>.

5. Impactos de los acuerdos de liberalización comercial en los países del área de Caribe. CIECA. Marzo de 2008. Santo Domingo. República Dominicana.

6. Campaña. 20% Más y mejor. FAO — Alianza Internacional contra el Hambre. www.fao.org/akah.

7. De acuerdo con la definición de la Comisión Europea (http://ec.europa.eu/trade/tackling-unfair-trade/trade-defence/anti-dumping/index_en.htm#), en un contexto de comercio internacional, se habla de *dumping* cuando una empresa exporta un producto a un precio menor que el precio normal de dicho producto en el mercado doméstico (o incluso por debajo de su coste de producción).

8. OECD (15-4-2008) Informe sobre la ayuda oficial al desarrollo. 2008. www.oecd.org.

9. <http://www.usaid.gov/>.

10. Principal zona productora de arroz en Haití.

11. En 2007 los precios del maíz se dispararon hasta niveles muy altos y provocaron la así denominada «crisis de la tortilla mexicana».

12. Fuente. Informaciones de FSPI. Organización miembro de la Vía Campesina en Indonesia. 2009.

13. Por déficit alimentario se entiende la diferencia entre las necesidades alimentarias internas de la población de un país, calculadas a razón de la cantidad de calorías necesarias para cubrir las necesidades nutricionales y la cantidad de alimentos producidos a nivel interno. A nivel internacional estos índices se calculan sobre la base de la Encuesta alimentaria y nutricional, que la FAO promueve entre los países para poder elaborar sus informes anuales.

14. FIDA. Informe sobre la situación de la producción agrícola 2007. www.fida.org.

15. Revista *Biofuel News* 20-3-2008.

16. Para comprobar este dato analizar los informes sobre el estado de la agricultura y la alimentación elaborados por FAO en los años 2008, 2009 y 2010. Se puede acceder a ellos en la página web de FAO. www.fao.org.

17. Informe sobre el estado de la agricultura y la alimentación en el mundo 2009. FAO 2009. www.fao.org.

18. GRAIN es una pequeña organización internacional sin fines de lucro que trabaja apoyando a campesinos y pequeños agricultores y a movimientos sociales en sus luchas por lograr sistemas alimentarios basados en la biodiversidad y controlados comunitariamente. Página de la organización: <http://www.grain.org/principal/>.

19. Texto tomado del artículo «El acaparamiento de la tierra agraria» publicado en la revista *Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas*, número 4.

20. GRAIN. Land-grabbing. : <http://www.grain.org/principal/>

21. www.fao.org. Página de inicio 08.febrero de 2011. Alarma ante la nueva subida de los precios internacionales de los alimentos.

22. Este dato lo viene repitiendo la FAO en todos los informes anuales sobre el estado de la inseguridad alimentaria en el mundo desde el año 2002 en el que se celebró la Cumbre Mundial de la Alimentación. Cinco años después.

23. Nos referimos con este término a los fondos hipotecarios que la banca tiene para garantizar precisamente los riesgos hipotecarios y que debido a que han estado en el ojo del huracán de la crisis inmobiliaria ya no son atractivos para los inversores internacionales.

24. Esta afirmación se repite en todos los informes internacionales elaborados por distintas organizaciones del sistema de Naciones Unidas. Por citar la fuente que más nos interesa por el tema. Informe FAO/FIDA «La Agricultura en el horizonte del 2015» año 2002. pag XVII . www.fao.org y «La Agricultura en el horizonte del 2030» FAO/FIDA año 2002. www.fao.org.

25. «Alimentos para las ciudades» Políticas de abastecimiento y distribución de alimentos para reducir la inseguridad alimentaria urbana. FAO 2006.

26. Fuente. IPOD. Índice de precios en origen y destino. Información mensual elaborada por COAG y disponible en su página web. www.coag.es. La información recogida ha servido para plantear una demanda ante el tribunal de la competencia dependiente del Ministerio de Industria por considerar que existe una situación oligopólica en la cadena alimentaria.

27. *Políticas de abastecimiento alimentario en las grandes ciudades*. FAO 2006. Capítulo 3.

28. Gran negociación internacional entre los países miembros de la Organización Mundial del Comercio, con el objetivo de liberalizar el comercio mundial, en particular, el comercio agrícola.

29. Esta afirmación se hace en numerosos informes de organismos internacionales desde el que FIDA en el año 2000 editara su histórico informe «La pobreza rural en el mundo» FIDA /BM 2000. Esta afirmación se repite en los informes anuales sobre el estado de la agricultura y la alimentación en el mundo editados por FAO, pero también se incluyó en el informe anual de la Organización Mundial del Comercio del año 2002 al hacer el análisis del mercado mundial de productos alimentarios.

Apéndice 2. Hacia una ecología de la alimentación. La comida no es solo comida

1. Berry, W. (2005). «Il piacere di mangiare». *L'Ecologist Italiano*, n.º 3.

2. *Ratatouille* (2007) es el título de una película de animación producida por Pixar y distribuida por Walt Disney Pictures.

3. Fuente FAO: <http://www.fao.org/climatechange/climatesmart/en/>; <http://www.fao.org/climatechange/micca/en/>; <http://www.fao.org/climatechange/en/>.

4. Arar y utilizar fertilizantes químicos durante muchas décadas termina agotando la materia orgánica del suelo, favoreciendo la acumulación de metales pesados. De esta manera, el suelo se vuelve cada vez más estéril, y la planta para vivir en un hábitat tan artificial, tiene que recibir constantes insumos. La pérdida de materia orgánica en los suelos es una de las mayores fuentes de producción de gases de efecto invernadero, ya que es esa materia orgánica la que retiene el